

BERNARDO GUTIÉRREZ

CALLE AMAZONAS

De Manaus a Belém por el Brasil olvidado

ALTAÏR

© De texto y fotos: Bernardo Gutiérrez, 2010
© De la fotografía de cubierta: Dermot Tatlow / Contacto

© De esta edición: Revista Altair, S. L.
Eduard Maristany, 372-374
08918 Badalona
www.altair.es

Composición: Addenda. www.addenda.es
Impresión: Romanyà Valls

Depósito legal: 2010 - 42457
ISBN: 978-84-937555-4-6

Esta obra está protegida en su totalidad por el copyright.
Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública
o transformación de esta obra solo puede ser realizada
con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.
Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cendra.org)
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de este libro.

«¿Para qué las ciudades? Quizá mi fuente de poesía estaba en el secreto de los bosques intactos, en la caricia de las auras, en el idioma desconocido de las cosas»

JOSÉ EUSTASIO RIVERA, *La Vorágine*

Sumario

<i>Prólogo</i>	11
1 Manaos: el nuevo El Dorado	17
2 Hacia el corazón indígena	47
3 Negro que te quiero negro	93
4 Autopista al infierno	131
5 Las ciudades perdidas del caucho	153
6 Sabor atlántico	169
<i>Agradecimientos</i>	195
<i>Bibliografía</i>	197

Prólogo

«La mirada es una elección. El que mira decide fijarse en algo concreto y, por consiguiente, a la fuerza elige excluir de su atención el resto de su campo visual. Esa es la razón por la cual la mirada, que constituye la esencia de la vida, es, en primera instancia, un rechazo.» Esta frase de Amélie Nothomb, la escritora belga-japonesa, revela la principal característica de este libro: la mirada. En *Calle Amazonas* hay una poderosa mirada. Una elección entre todas las posibles. Y me atrevería a decir que hay una mirada después de la mirada. Una mirada poliédrica que es la suma de muchas. Es una mirada después de otra, porque en el libro no hay solo un viaje. Hay, sí, un viaje lineal, que comenzó a principios de abril del 2008 en la ciudad de Manaus y concluyó a mediados de mayo del 2008 en Belém do Pará, muy cerca del océano Atlántico. Pero dentro del viaje, del eje conductor del relato, hay muchos viajes: casi cinco años de vivencias amazónicas. Y en el libro, muchos pliegues. En la mirada final —cuatro años y medio después de la inicial—, inevitablemente hay muchas miradas: mis experiencias en los meses —muchos— en los que tuve a

Belém do Pará como sede de mi trabajo periodístico, las emociones de los reportajes que he elaborado en estos años sobre la Amazonia, las injusticias que minan el infierno-paraíso verde, la violencia, la sangre derramada por culpa de las empresas que esquilman los recursos de la selva... Las contradicciones, los expolios, el choque de mundos, el diezmado universo indígena. Me ha sido imposible excluir la dura realidad amazónica que fui descubriendo como reportero a lo largo del tiempo. Pero en el relato también hay magia, belleza, amor, camaradería, simpatía y un largo etcétera de sensaciones extraordinarias que la Amazonia me provoca.

Después de leer muchos libros sobre la Amazonia, llegué a la conclusión de que existe un choque brutal entre el pasado lunático de la selva y su presente. No basta con bajar el río de los ríos atiborrado de libros, de novelas que nos expliquen cómo fue la edad del caucho en Manaus. Abusando de las crónicas históricas no entenderemos casi nada. La brecha entre el pretérito y el ahora, en la Amazonia, es demasiado grande. Sin embargo, tanto en el viaje como en el proceso de escritura, caí una y mil veces en el error de apoyarme en la historia, en sus tópicos y leyendas. Pero he intentado que en este libro, en esta mirada, haya rechazo: una oposición clara a muchos clichés y prejuicios que cuelgan sobre la Amazonia. La selva no es tan solo un santuario de biodiversidad. Es mucho más. Principalmente, el hogar de millones de seres humanos. Los habitantes de la jungla, en general, ignoran por completo quién fue la primera persona que bajó el río. Pocos saben quién fue Francisco de Orellana, el primer europeo que descendió el río Amazonas en 1542. E incluso desconocen la leyenda de las guerreiras Amazonas. Pero ellos son la esencia de la Amazonia, la entienden como nadie. Por eso mi mirada con rechazo es excluyente, sí. No tengo nada contra la historia amazónica. Todo lo contrario: siempre me fascinó. Tampoco tengo nada contra el componente mágico de la jungla. También forma parte del relato. De hecho, el viaje comenzó ahí: en la literatura. Cuando tenía apenas trece años cayó en mis manos un pequeño libro divulgativo, *El Amazonas*, de J. M. Rubio. No sospechaba entonces que aquellas fo-

tografías y aquellos textos desembocarían en mis viajes amazónicos. Releo ahora *El Amazonas*: «Con la fiebre del caucho, Manaus se convirtió de la noche a la mañana en una gran capital, con un fabuloso gran teatro de la ópera, al que concurrieron las mejores voces de la época». Ahí estaba el germen, la semilla. Todo —el viaje, la mirada, el libro— comenzó en aquella prosa simple y descuidada que trataba sobre una esplendorosa ciudad amazónica de finales del siglo XIX, donde los ricos enviaban la ropa a lavar a Lisboa o a Londres. Después de este libro didáctico, llegaría *Manaos*, la novela de Alberto Vázquez-Figueroa, su tensa narración de la fiebre del caucho, aquel personaje mítico, el Nordesteño, que huía de la esclavitud de la *Hevea brasiliensis*, el árbol divino que surgió de caucho a medio mundo y provocó la locura selvática y el neoesclavismo. Y después de Alberto Vázquez-Figueroa, llegaron otros libros, tal vez demasiados. Claude Lévi-Strauss y su sesudo *Tristes trópicos*, que intenta dismantelar aquel cliché de que «el trópico pasó de la decadencia a la barbarie sin pasar por la civilización». Y la poesía de Thiago de Mello, aquellos versos desnudos: «Y el hombre sigue el orden del río, si no sucumbe». Y la prosa desmelenada del amazonense Miltom Hatoum: «Manaos está llena de extranjeros, mamá, indios, coreanos, chinos...». Y *La Vorágine*, del colombiano José Eustasio Rivera, ese latigazo poético sobre la esclavitud del caucho. Ojeo el último gran libro amazónico que me ha cautivado, *Grandes expedições à Amazônia brasileira*, de João Meirelles Filho, una deliciosa enciclopedia de tapa dura y gran formato que contiene la historia de las 42 expediciones más míticas de la Amazonia hasta 1930. Ojeo sus páginas, sus mapas históricos, sus ilustraciones, sus acuarelas, sus fotografías. Por sus páginas desfilan los rostros célebres de expedicionarios archiconocidos, como Vicente Yañez Pinzón, Francisco de Orellana, el padre Antonio Vieira o el mariscal Rondón. Pero este impresionante inventario de las expediciones amazónicas, inédito en español, está poblado de héroes anónimos, de lunáticos de andar por casa, de exploradores curiosos, de idealistas sin brújula, de científicos obsesionados, de turistonos caprichosos. Del padre

checo Samuel Fritz al naturalista francés Charles Marie de la Condamine, pasando por el zoólogo Alfred Russel Wallace, el pintor Auguste François Biard, el geólogo James Orton, el antropólogo Karl von den Steinen o la princesa Therese Wittelsbacher de Baviera. La leyenda, la suma de todos los viajes amazónicos, está ahora mismo entre mis manos. ¿Y cómo no va a estar presente la Amazonia mítica, la histórica, dentro de mi relato? Sería una locura huir de un pasado tan increíble al escribir un viaje sobre la Amazonia. Una mirada demasiado excluyente sería pretenciosa. También sería insensato —y superficial— hablar solo de ello, de la maravillosa, intensa y desbocada historia de la jungla.

Pero es la superficie de la Amazonia, la capa visible que tantos viajeros y escritores actuales ignoran, la que protagoniza este libro. No estoy diciendo que yo la entienda o que después de leer el libro el lector habrá resuelto la ecuación amazónica. Simplemente, mi intención al narrar es describir esa corteza histórica, el ahora, donde está todo aunque no se vea. Y es que la Amazonia real-imaginaria, con sus ecos legendarios, con las exageraciones de un boca a boca centenario, se funden en un ser único, indisoluble y plano: en la realidad del aquí y ahora.

Otro detalle importante: he dirigido ligeramente la mirada hacia el lado urbano de la jungla. No es forzar el ángulo, no. En Europa se desconoce que la mayoría de la población selvática vive en ciudades. Manaus tiene un área metropolitana de más de dos millones de personas. La de Belém asciende a 1.800.000 personas. Las ciudades de tamaño medio, como Macapá —casi cuatrocientos mil habitantes— o Santarém —trescientos mil—, son muy comunes. En la jungla, en sus destartaladas ciudades, los sueños son urbanitas. Casi todos ven la televisión, la mayoría habla por el teléfono móvil. Y algunos se relacionan a través de redes sociales en Internet. Por eso, en la mirada, en la suma de los viajes, hay un especial diálogo entre asfalto y selva, entre la urbe y la vida rural. Sólo en ese paisaje total donde todo, historia y presente, asfalto y vegetación, van de la mano, toma sentido el alma de la Amazonia.

Concluyo estas líneas, este punto inicial del viaje, mientras escucho la selva que crepita a mis espaldas. No es una metáfora: en mi salón resuena la música de Albery Albuquerque, un artista de Belém do Pará que ha vivido durante décadas asomado al sonido de la jungla. Y con un pie en el asfalto, en la tecnología digital, ha conseguido algo inaudito: componer igual que lo haría un tucán, una pantera, un *guariba vermelho* —un mono— o un *sabiá* —un pájaro—. Durante años, Albery grabó la banda sonora de la naturaleza selvática, estudió los intervalos sonoros y la música de cada uno de sus animales. Y después ha conseguido meterse en su piel y componer como ellos. Puede que entender la jungla pase por descifrar su fauna, su flora y su antropología. Pero asomarse a su espejo urbano, a los habitantes del asfalto que viven empapados de selva, a seres como Albery, ayuda mucho. Sobre todo a la hora de escoger una mirada y de rechazar muchas otras.



Un porteador del puerto flotante de Manaus sube por una de las escalerillas que van desde los muelles hasta el asfalto. Ponerse en medio del torrente humano de los porteadores es un suicidio: cuanto menos, te empujan con violencia.

1. Manaos: el nuevo El Dorado

Una careta de Batman me mira fijamente. El plástico tiene facciones angulosas. Se sobrepone a la cara bruscamente. El color negro de la parte superior refleja matices azulados. De repente, una risa colectiva rompe el hielo. El nieto del cacique Luiz, el patriarca de los sateré mawé, se quita la careta. Una niña se la arrebata y se la pone sobre la cara. Batman me observa desde su nuevo rostro. Muy cerca de los cinco niños aprendices de Batman, una televisión grande escupe culebrones, tintineos metálicos. Una adolescente manipula un mando a distancia, distraída. Ahora una niña se me acerca. Extiende la mano... y me muestra un juguete de plástico, una imitación de teléfono móvil. Finge que habla por el aparato. Sonríe.

El cacique Luiz —barriga pronunciada, mirada tristona— me muestra con parsimonia su reino, un estrecho pedazo de tierra que sirve de hogar a las 35 familias y 96 personas de su clan. Camina lentamente, mientras desgrana su historia en un portugués lánquido: «Llegamos hace once años a Manaos desde la jungla, muy cerca de Maués. Primero visité a unos parientes en la periferia de